

GIUNTA, Alexandre, **Les francos dans la vallée de l'Èbre (XIe- XIIe siècles)**, Toulouse, Presses universitaires du Midi Méridiennes, 2017, 563 págs., ISBN: 978-2-8107-0530-6.

Alexandre Giunta, joven doctor de la Sorbona, ha centrado su investigación en la presencia en el valle del Ebro de inmigrantes *francos* llegados a lo largo de los siglos XI y XII desde el otro lado de los Pirineos, es decir en un periodo que coincide con la formación del estado feudal en los reinos de Pamplona y de Aragón. Sirvan de muestra la decena de artículos publicados desde el año 2011 y que estudian la presencia de combatientes francos en la toma de Ejea (1115) y Zaragoza (1118), la evolución urbana de Estella, u otros aspectos relacionados con dichos migrantes. De mayor importancia científica es su tesis doctoral sobre *Les francos dans la vallée de l'Èbre (XIe-XIIe siècles)*, defendida en junio de 2015 en la Universidad de Paris IV-La Sorbonne, y dirigida por el profesor Philippe Sènac. Fruto de esta investigación es la publicación de su libro que, con ese mismo título, apareció en diciembre de 2017 editado por Presses Universitaires du Midi (Université de Toulouse), en concreto el vol. 15 de la colección Études Médiévales Ibériques.

Se trata de una obra sólida, bien documentada, extensa, de 564 páginas, estructurada en cinco grandes apartados —subdivididos a su vez en tres capítulos cada uno—, en la que su autor presenta al lector —y al especialista— un texto riguroso, haciendo uso de una metodología actualizada, e influenciado, sin duda, desde campos como la sociología, la antroponimia o la antropología cultural, con una redacción fluida, de corte académico, que hace sencilla su lectura a pesar del ingente

caudal de información que el libro ofrece. Se detectan, no obstante, algunas erratas de impresión de escasa importancia sobre textos documentales, que deberían corregirse, ya que transcriben erróneamente algunos topónimos o algunos oficios.

A. Giunta, con un buen manejo de las fuentes editadas y la ya amplia bibliografía existente, presenta el estudio de los *francos* en los reinos de Pamplona y de Aragón en los siglos XI y XII, y su contribución, en mayor o menor medida, a las enormes transformaciones —religiosas, políticas, sociales, económicas, ideológicas y culturales— que se produjeron en dichos reinos, abordando así un tema de rabiosa actualidad como es el de las migraciones y su proceso de integración en ámbitos urbanos. Ciertamente, dicha temática es conocida desde que Marcelin Défourneau publicara en 1949 *Les Français en Espagne du VIIIe au XIIIe siècle*, síntesis que se ha visto completada, para el valle del Ebro, con los trabajos del profesor J. M^a Lacarra y, más recientemente, con las aportaciones de P. Tucoo-Chalaa, M. Bull y C. Laliena —por citar solo algunos entre tantos otros— que han estudiado aspectos concretos de su presencia en el valle del Ebro, especialmente su aportación a la organización eclesiástica (presencia de legados pontificios, obispos, abades, monjes y clérigos, que contralarán obispados, grandes monasterios e iglesias principales), y en el militar (colaboración y ayuda de guerreros ultra-pirenaicos —nobles, *milités* y peones— en la lucha frente al

Islam), y ello sin olvidar la instalación en las villas y burgos del Camino de Santiago de amplios contingentes de artesanos y comerciantes *francos*. La novedad del libro estriba en que Giunta, acudiendo siempre a las fuentes, hace acopio de una vasta información que expone con rigor, acudiendo, a veces, a una historia comparada con lo que estaba sucediendo en otros escenarios hispánicos.

En la primera parte del libro se describe el escenario de acogida (Pamplona y Aragón) y la situación política de ambos reinos, atendiendo a la dinámica de los acontecimientos, bien estudiada desde el medievalismo hispano, al igual que el proceso «reconquista/repoblación» y las profundas transformaciones que no solo anuncian un nuevo «orden feudal», sino que sirvieron para que dichos reinos se convirtieran en «un verdadero espacio de acogida de inmigrantes a lo largo de los siglos XI y XII». Reconquista que, además de servir como sostén y proyecto dinástico para la realeza aragonesa, es definida por el autor como «una reserva inagotable de riquezas que protegían al soberano contra una eventual oposición de los grupos aristocráticos del reino». Se echa de menos, no obstante, una mayor atención a la situación política del mosaico de estados del Midi francés, cuyos titulares (duques, condes, vizcondes y señores) se sentían más atraídos por los asuntos hispanos que por los de la monarquía de los Capetos, y requeridos para estrechar lazos —familiares, feudales— con los reyes de Aragón o los condes de Barcelona, linajes interesados en el control de esas tierras. Un detallado análisis sobre la organización social del espacio ocupado pone fin al apartado, contrastando las tesis sobre la continuidad o no del

hábitat andalusí, así como la evolución de la población y las transformaciones económicas que se produjeron en dicho periodo. Destaca, en suma, los distintos aspectos (políticos, sociales y económicos) que hicieron atractivas estas tierras del valle del Ebro, que se convirtiesen en escenario de recepción de migrantes a lo largo de los siglos XI y XII.

Nobles y *milites* francos asoman en la segunda parte del libro, en la que Giunta muestra cómo se produjeron los primeros contactos, familiares y de vasallaje feudal con Gascuña desde la época de Sancho III (rey de Pamplona, 1004-1035), contactos que aumentaron en la segunda mitad del siglo con los sucesivos monarcas aragoneses —Ramiro I (1035-1063), Sancho Ramírez (1063-1094) y Pedro I (1094-1104)—, para culminar en el reinado de Alfonso I «el Batallador» (1104/1134), coincidiendo con el periodo de mayor actividad bélica frente al islam andalusí, en la que cuenta ya con la fidelidad de una buena parte de los señores del Midi francés (ducado de Aquitania, vizcondados de Béarn, Bigorra, Comminges, Beziers, Trencavel y Tolosa). Las causas que explican la llegada de estos magnates francos a tierras peninsulares y, en concreto, al valle del Ebro, son varias, y quedan bien explicadas en el libro: la atracción de «ir a combatir a Hispania» —imaginario colectivo excitado por las fuentes narrativas y las canciones de gesta—; la política matrimonial seguida por los monarcas aragoneses de sellar alianzas con familias aristocráticas del Occidente europeo; la influencia aragonesa en los condados del Mediodía de Francia o las estrechas relaciones con el Papado; todo ello sin olvidar el entramado ideológico que justificaba y alentaba la guerra, santa, justa, sagrada, frente al islam como si

de una verdadera cruzada se tratara y que movió a caballeros del otro lado de los Pirineos a participar en dicho combate, bien fuera en ayuda de los monarcas castellanos, de los condes de Barcelona o, como es el caso, de los reyes de Aragón y Pamplona; sirva como ejemplo, entre otros, el conde Renaud quien, en 1087, dejaba sus tierras solicitando al Señor que le dispensara un feliz viaje y que «concediera la victoria al pueblo cristiano, ya que parto hacia España para combatir al pueblo de infieles».

Los datos que proporciona Giunta no pueden ser más elocuentes, mostrando como van en aumento las menciones a nobles ultra-pirenaicos y así, entre las listas de firmantes de los diplomas reales, apenas se contabilizan 50 menciones para el periodo 970/1104, que alcanzan el medio millar las documentadas entre 1104 y 1134 —repárese que personajes como Castange de Biel, Rotrou del Perche y Gastón IV de Béarn son citados en 128, 85 y 79 escatocolos documentales, respectivamente—, número de citas que desciende a 186 entre 1134 y 1162. Así, pues, mientras el contingente de soldados francos apenas fue significativo en la toma de Huesca (1096) y de Barbastro (1100), su numerosa presencia resultó decisiva, en cambio, en la conquista de Zaragoza (1118) y, en los años siguientes, de otras poblaciones del valle del Ebro (Tudela, Borja, Tarazona, Calatayud, Daroca). Nobles y *militēs* que fueron recompensados por Alfonso I «el Batallador» en función de su amistad con el soberano, su categoría o la contribución militar prestada, y así, y por citar solo a los magnates más importantes: Rotrou del Perche fue señor de Tudela (además de recibir un barrio completo en Zaragoza), Gastón de Bearn disfrutó de la *honor* de Zara-

goza, Céntulo de Bigorra de la de Tarazona, Gassión de Soule en Belorado, Céntulo de Bearn en Uncastillo y en Zaragoza, lo que no es sinónimo de que arraigaran en el reino de Aragón.

En la tercera parte del libro describe Giunta, a lo largo de tres capítulos bien elaborados, la presencia de clérigos ultra-pirenaicos que contribuyeron de forma decisiva a la reforma y organización de la Iglesia, no sólo en Pamplona y en Aragón, sino también en los restantes reinos y principados hispánicos. La situación de la Iglesia en dicha época, conocida por la historiografía (Kehr, Durán, García Guijarro), ha hecho hincapié en las relaciones de los monarcas aragoneses con el Papado (viaje a Roma del monarca Sancho Ramírez en 1068, haciendo que Aragón fuera el primer reino peninsular infeudado al Papa), relaciones que Giunta describe como «una conexión política ventajosa para las dos partes», y en la presencia de legados pontificios en el reino, y su intervención en los obispados y grandes monasterios que propiciaron el cambio del viejo ritual hispánico o visigótico por el romano (monasterio de San Juan de la Peña, 22 de marzo de 1071). El autor va desgranando el ritmo de las reformas eclesiásticas, destacando la presencia de preladados de origen franco en las tres diócesis (Jaca, Roda y Pamplona), como Pierre d'Andouque, obispo de esta última ciudad entre 1077 y 1114, y abades que controlaron los grandes monasterios de dichos reinos y que se hicieron acompañar de un buen número de clérigos y monjes procedentes de monasterios del sur de Francia (San Ponce de Tomeras, San Sernin de Toulouse, La Grasse, Santa Fe de Conques, entre otros) para organizar y administrar los territorios incorporados sucesivamente

al reino. La llegada masiva de clérigos ultra-pirenaicos fue, además, decisiva no solo en la transformación de las prácticas religiosas y en la propia evolución cultural, sino también en aspectos tan diversos como fueron: la lucha contra el islam (p. ej. en la derrota de Fraga de 1134 el obispo Guy de Laons aparece al frente de sus tropas, entre tantos otros, como los obispos de Huesca y de Roda, y el abad de San Victorián o de Montearagón); en la circulación de libros e ideas, en la construcción hagiográfica, e incluso en la organización del poblamiento y su puesta en valor.

Los apartados cuarto y quinto se ocupan de la llegada de inmigrantes, mujeres y hombres que, en calidad de *francos*, se asentaron en las ciudades y burgos aragoneses y navarros del camino de Santiago, como comerciantes y artesanos, revitalizando el tejido urbano del valle del Ebro, en los que el autor analiza su ritmo de llegada, su diversidad social así como su procedencia. Es cierto que las fuentes documentales son algo más abundantes para este grupo social ¿los verdaderos migrantes?, pero la interpretación de dichas fuentes no está exenta de dificultades, ya que los datos que aportan son muy pocos (apenas un nombre, un topónimo, una profesión). Los monarcas intentaron atraer pobladores de «los cuatro puntos cardinales», como reza el Fuero de Jaca (1077), y para ello ofrecieron beneficios —jurídicos y fiscales— a quienes se instalaran en dichas urbes en calidad de *francos*. Todo ello propició la llegada de amplios contingentes de migrantes procedentes mayoritariamente del Midi francés —también hubo normandos y borgoñones, alemanes, ingleses, lombardos y flamencos— desde los últimos decenios del siglo XI, y así, en la ciudad altoaragonesa su pre-

sencia aún era mayoritaria décadas después, pues en 1135 cerca de un 65% de la población era —a tenor de los antropónimos— de origen ultra-pirenaico (A. Ubieto). Al calor del Fuero de Jaca, todas las poblaciones navarras situadas en el camino francés o *francisco* recibirán unas concesiones similares para atraer inmigrantes, como Estella, Sangüesa, Pamplona, Puente la Reina, o Monreal, o en las cercanas Nájera o Logroño. En otras ciudades en las que se instalaron no recibieron un estatuto diferente al resto de población, fuera esta navarra o aragonesa, como en Huesca (contabiliza 360 menciones entre 1096 y 1162), Tudela, Barbastro, Uncastillo o Zaragoza (824 menciones entre 1142 y 1162 asentados preferentemente en los barrios de la Bufonería y la Pellejería), cuya presencia se ve acelerada tras la reorganización del poblamiento de la ciudad por Ramón Berenguer IV en 1138. Colonia de francos que han dejado huella documental —Giunta contabiliza 3505 menciones, y de los que únicamente conocemos la actividad profesional de cien de ellos—, y que, configuraron una elite social urbana y que contribuyeron al desarrollo económico de las villas y ciudades del valle del Ebro, que gozaron de un estatuto especial, viviendo segregados del resto de vecinos, con sus murallas, su concejo y su fuero propio, y que sólo avanzado el siglo XII empezaron a desaparecer como ‘casta’ especial, aunque perdurase su idiosincrasia, su idioma, sus costumbres y sus apellidos. Son loables, sin duda, los intentos de reconstrucción de algunas familias que realiza Giunta, caso de los *Peitavin*, que alcanzaron la más alta magistratura de la ciudad de Huesca.

¿Conformaron los francos una sociedad aparte del resto de la pobla-

ción? Tratando de responder a esta cuestión Giunta finaliza su obra describiendo el proceso de instalación de estos migrantes en el medio urbano, destacando su aportación e influencias, indiscutibles por otra parte, que se observa en su aportación cultural, en la antroponimia —en su opinión la onomástica hispánica evoluciona por la influencia cultural ultra-pirenaica— que sirvió para construir una identidad, en la reactivación del mercado de la tierra, en su contribución activa al desarrollo económico de las villas, ya que «los francos se confirman como agentes dinamizadores de los sectores comerciales y artesanales», y ello sin olvidar su innegable papel en el desarrollo de las relaciones comerciales transpirenaicas gracias a las ventajas jurídicas y económicas que disfrutaron en algunas ciudades del valle del Ebro, y que les permitieron su ascenso en la jerarquía social. Es difícil homogeneizar a todos estos migrantes, «francos», con unas señas identitarias comunes, al menos en cuanto a su procedencia y a sus diferencias socio—económicas, si bien la coherencia como grupo social especial vendría dada, sin duda, por el estatuto jurídico: «libre y franco seas», que los fueros y cartas pueblas les reconocieron, y que fue también causa de violentos conflictos (recuérdese únicamente los habidos en Pamplona entre «navarros» y «francos»).

En resumen, la obra de Giunta, de calidad contrastada, completa la información que hasta ahora teníamos de la presencia de los francos, el ritmo, moti-

vos y procedencia de los migrantes, y su contribución al desarrollo de las sociedades del valle del Ebro. El escenario es privilegiado, como también las «huellas» materiales e inmateriales que dejaron en su devenir, su aportación cultural, artística o, sensu contrario, la escasa influencia lingüística —excepto en Pamplona—. Más difícil de mostrar es cuáles fueron los porcentajes reales de su instalación en las ciudades, cuál fue su precisa contribución al desarrollo de la sociedad del emergente estado feudal, y conocer cómo y cuándo se produjo su integración con el resto de la sociedad, es decir el proceso y ritmo de aculturación, y más aún valorar su contribución a los procesos identitarios de los respectivos reinos hispánicos, el de Aragón y el de Navarra (1134), es decir cuál fue el papel desarrollado por las migraciones en la construcción de los grupos sociales urbanos y en qué medida la inserción de estos francos en las ciudades del valle del Ebro trajo nuevos modelos de comportamiento institucional, social o cultural, o cuáles fueron sus transferencias tecnológicas. Los francos, especialmente los bearnese, siempre han tenido una presencia notable en el reino de Aragón y, especialmente, en la ciudad de Zaragoza, tanto en las centurias medievales, como en las posteriores. Estamos, sin duda, ante una magnífica contribución que servirá de modelo a los estudios que se aborden sobre procesos de inmigración y movimientos de población en los siglos medievales y en escenarios distintos.

Juan F. Utrilla Utrilla
Universidad de Zaragoza
jutrilla@unizar.es